

vecinos y señoras de Méjico. Dejemos esto, y volvamos á decir qué lástima era de ver curar y apretar con algunos paños de mantas nuestras heridas; y como se habian resfriado y estaban hinchadas, dolian. Pues mas de llorar fué los caballos y esforzados soldados que faltaban; ¿qué es de Juan Velazquez de Leon, Francisco de Salcedo y Francisco de Morla, y un Lares el buen jinete, y otros muchos de los nuestros de Cortés? ¿Para qué cuento yo estos pocos? Porque para escribir los nombres de los muchos que de los nuestros faltaron, es no acabar tan presto. Pues de los de Narvaez, todos los mas en las puentes quedaron cargados de oro. Digamos ahora, ¿qué es de muchos tlascaltecas que iban cargados de barras de oro, y otros que nos ayudaban? Pues al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que tambien allí murió. Volvamos á decir cómo quedaron muertos, así los hijos de Montezuma como los prisioneros que traíamos, y el Cacamatzin y otros reyezuelos. Dejemos ya de contar tantos trabajos, y digamos cómo estábamos pensando en lo que por delante teníamos, y era que todos estábamos heridos, y no escaparon sino veinte y tres caballos. Pues los tiros y artillería y pólvora no sacamos ninguna; las ballestas fueron pocas, y esas se remediaron luego, é hicimos saetas. Pues lo peor de todo era que no sabiamos la voluntad que habiamos de hallar en nuestros amigos los de Tlascalala. Y demás desto, aquella noche, siempre cercados de mejicanos, y grita y vara y flecha, con hondas sobre nosotros, acordamos de nos salir de allí á media noche, y con los tlascaltecas, nuestras guías, por delante con muy gran concierto; llevábamos los muy heridos en el camino en medio, y los cojos con bordones, y algunos que no podian andar y estaban muy malos á ancas de caballos de los que iban cojos, que no eran para batallar, y los de á caballo sanos delante, y á un lado y á otro repartidos; y por este arte todos nosotros los que mas sanos estábamos haciendo rostro y cara á los mejicanos, y los tlascaltecas que estaban heridos iban dentro en el cuerpo de nuestro escuadron, y los demás que estaban sanos hacian cara juntamente con nosotros; porque los mejicanos nos iban siempre picando con grandes voces y gritos y silbos, diciendo: «Allá iréis donde no quede ninguno de vosotros á vida;» y no entendiamos á qué fin lo decian, segun adelante verán. Olvidado me he de escribir el contento que recibimos de ver viva á nuestra doña Marina y á doña Luisa, hija de Xicotenga, que las escaparon en las puentes unos tlascaltecas hermanos de la doña Luisa, que salieron de los primeros, y quedaron muertas todas las mas naborias que nos habian dado en Tlascalala y en Méjico: allí quedaron en las puentes con los demás. Y volvamos á decir cómo llegamos aquel día á un pueblo grande que se dice Gualquitan, el cual pueblo fué de Alonso de Avila; y aunque nos daban grita y voces y tiraban piedra y vara y flecha, todo lo soportábamos. Y desde allí fuimos por unas caserías y pueblezuelos, y siempre los mejicanos siguiéndonos, y como se juntaban muchos, procuraban de nos matar, y nos comenzaban á cercar, y tiraban tanta piedra con hondas, y vara y flecha, que mataron á dos de nuestros soldados en un pueblo malo, que iban mancos, y tambien un caballo, é hi-

rieron á muchos de los nuestros; y tambien nosotros á estocadas les matamos algunos dellos, y los de á caballo á lanzadas les mataban, aunque pocos; y así, dormimos en aquellas casas, y allí comimos el caballo que mataron. Y otro día muy de mañana comenzamos á caminar con el concierto que de antes, y aun mejor, y siempre la mitad de los de á caballo adelante; y poco mas de una legua, en un llano, ya que creimos ir en salvo, vuelven tres de los nuestros de á caballo, y dicen que están los campos llenos de guerreros mejicanos aguardándonos; y cuando lo oimos, bien que tuvimos temor, é grande, mas no para desmayar del todo, ni dejar de encontrarnos con ellos y pelear hasta morir; y allí reparamos un poco, y se dió orden cómo habian de entrar y salir los de á caballo á media rienda, y que no se parasen á lancear, sino las lanzas por los rostros hasta romper sus escuadrones, y que todos los soldados, las estocadas que diésemos, que les pasásemos las entrañas, y que todos hiciésemos de manera que vengásemos muy bien nuestras muertes y heridas, por manera que si Dios fuese servido, que escapásemos con las vidas; y después de nos encomendar á Dios y á santa Maria muy de corazon, é invocando el nombre del señor Santiago, desde vimos que nos comenzaban á cercar, de cinco en cinco de á caballo rompieron por ellos, y todos nosotros juntamente. ¡Oh qué cosa de ver era esta tan temerosa y rompida batalla, cómo andábamos pié con pié, y con qué furia los perros peleaban, y qué herir y matar hacian en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos! Y los de á caballo, como era el campo llano, cómo alanceaban á su placer, entrando y saliendo á media rienda; y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar muy como varones esforzados. Pues todos nosotros los que teniamos caballos, parece ser que á todos se nos ponía esfuerzo doblado, que aunque estábamos heridos, y de refresco teniamos mas heridas, no curábamos de los apretar, por no nos parar á ello, que no habia lugar, sino con grandes ánimos apechugábamos á les dar de estocadas. Pues quiero decir cómo Cortés y Cristóbal de Olí, y Pedro de Albarado, que tomó otro caballo de los de Narvaez, porque su yegua se la habian muerto, como dicho tengo; y Gonzalo de Sandoval, cuál andaban de una parte á otra rompiendo escuadrones, aunque bien heridos; y las palabras que Cortés decia á los que andábamos envueltos con ellos, que la estocada y cuchillada que diésemos fuese en señores señalados; porque todos traian grandes penachos con oro y ricas armas y divisas. Pues oir cómo nos esforzaba el valiente y animoso Sandoval, y decia: «Ea, señores, que hoy es el día que hemos de vencer; tened esperanza en Dios que saldremos de aquí vivos; para algun buen fin nos guarda Dios.» Y tornaré á decir los muchos de nuestros soldados que nos mataban y herian. Y dejemos esto, y volvamos á Cortés y Cristóbal de Olí y Sandoval, y Pedro de Albarado y Gonzalo Dominguez, y otros muchos que aquí no nombro; y todos los soldados poniamos grande ánimo para pelear; y esto, nuestro Señor Jesucristo y nuestra Señora la Virgen santa Maria nos lo ponía, y señor Santiago, que ciertamente nos ayudaba; y así lo certificó

un capitán de Guatemuz, de los que se hallaron en la batalla; y quiso Dios que allegó Cortés con los capitanes por mí nombrados en parte donde andaba el capitán general de los mejicanos con su bandera tendida, con ricas armas de oro y grandes penachos de argentería; y como lo vió Cortés al que llevaba la bandera, con otros muchos mejicanos, que todos traian grandes penachos de oro, dijo á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval y á Cristóbal de Olí y á los demás capitanes: «Ea, señores, rompamos con ellos.» Y encomendándose á Dios, arremetió Cortés y Cristóbal de Olí, y Sandoval y Alonso de Avila y otros caballeros, y Cortés dió un encuentro con el caballo al capitán mejicano, que le hizo abatir su bandera, y los demás nuestros capitanes acabaron de romper el escuadron, que eran muchos indios; y quien siguió al capitán que traia la bandera, que aun no habia caido del encuentro que Cortés le dió, fué un Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, con una buena yegua overa, que le acabó de matar y le quitó el rico penacho que traia, y se le dió á Cortés, diciendo que, pues él le encontró primero y le hizo abatir la bandera y hizo perder el brio, le daba el plumaje; mas dende á ciertos años su majestad se le dió por armas al Salamanca, y así las tienen en sus postereros sus descendientes. Volvamos á nuestra batalla, que nuestro Señor Dios fué servido que, muerto aquel capitán que traia la bandera mejicana y otros muchos que allí murieron, alojó su batallar de arte, que se iban retrayendo, y todos los de á caballo siguiéndoles y alcanzándoles. Pues á nosotros no nos dolian las heridas ni teniamos hambre ni sed, sino que parecia que no habiamos habido ni pasado ningún mal trabajo. Seguimos la vitoria matando é hiriendo. Pues nuestros amigos los de Tlascalala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacianlo muy bien y esforzadamente. Ya vueltos los de á caballo de seguir la vitoria, todos dimos muchas gracias á Dios, que escapamos de tan gran multitud de gente; porque no se habia visto ni hallado en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos; porque allí estaba la flor de Méjico y de Tezcoco y Salcoacan, ya con pensamiento que de aquella vez no quedara roso ni velloso de nosotros. Pues qué armas tan ricas que traian, con tanto oro y penachos y divisas, y todos los mas capitanes y personas principales, y allí junto donde fué esta reñida y nombrada y temerosa batalla para en estas partes (así se puede decir, pues Dios nos escapó con las vidas), habia cerca un pueblo que se dice Obtumba; la cual batalla tienen muy bien pintada, y en retratos entallada los mejicanos y tlascaltecas, entre otras muchas batallas que con los mejicanos hubimos hasta que ganamos á Méjico. Y tengan atencion los curiosos lectores que esto leyeren, que quiero traer aquí á la memoria que cuando entramos al socorro de Pedro de Albarado en Méjico fuimos por todos sobre mas de mil y trescientos soldados, con los de á caballo, que fueron noventa y siete, y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros, y mas de dos mil tlascaltecas, y metimos mucha artillería; y fué nuestra entrada en Méjico día de señor San Juan de ju-

nio de 1520 años, y fué nuestra salida huyendo á 10 del mes de julio del año siguiente, y fué esta nombrada batalla de Obtumba á 14 del mes de julio. Digamos ahora, ya que escapamos de todos los trances por mí atrás dichos, quiero dar otra cuenta qué tantos mataron, así en Méjico, en puentes y calzadas, como en todos los reencuentros, y en esta de Obtumba, y los que mataron por los caminos. Digo que en obra de cinco dias fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y setenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tustepeque, y á cinco mujeres de Castilla; y estos quemaron en Tustepeque eran de los de Narvaez, y mataron sobre mil y ducientos tlascaltecas. Tambien quiero decir cómo en aquella sazón mataron á un Juan de Alcántara el viejo, con otros tres vecinos de la Villa-Rica, que venian por las partes del oro que les cabia; de lo cual tengo hecha relacion en el capítulo que dello trata. Por manera que tambien perdieron las vidas y aun el oro; y si miramos en ello, todos comunmente hubimos mal gozo de las partes del oro que nos dieron; y si de los de Narvaez murieron muchos mas que de los de Cortés en las puentes, fué por salir cargados de oro, que con el peso dello no podian salir ni nadar. Dejemos de hablar en esta materia, y digamos cómo íbamos muy alegres y comiendo unas calabazas que llaman ayotes, y comiendo y caminando hacia Tlascalala; que por salir de aquellas poblaciones, por temor no se tornasen á juntar escuadrones mejicanos, que aun todavía nos daban grita en partes que no podiamos ser señores dellos, y nos tiraban mucha piedra con hondas, y vara y flecha, hasta que fuimos á otras caserías y pueblo chico; porque estaba todo poblado de mejicanos, y allí estaba un buen cu y casa fuerte, donde reparamos aquella noche y nos curamos nuestras heridas, y estuvimos con mas reposo; y aunque siempre teniamos escuadrones de mejicanos que nos seguian, mas ya no se osaban llegar; y aquellos que venian era como quien decia: «Allá iréis fuera de nuestra tierra.» Y desde aquella poblacion y casa donde dormimos se parecian las sierrezuelas que están cabe Tlascalala, y como las vimos, nos alegramos como si fueran nuestras casas. Pues quizá sabiamos cierto que nos habian de ser leales ó qué voluntad ternian, ó qué habia acontecido á los que estaban poblados en la Villa-Rica, si eran muertos ó vivos. Y Cortés nos dijo que, pues éramos pocos, que no quedamos sino cuatrocientos y cuarenta, con veinte caballos y doce ballesteros y siete escopeteros, y no teniamos pólvora, y todos heridos y cojos y mancos, que mirásemos muy bien cómo nuestro Señor Jesucristo fué servido escaparnos con las vidas; por lo cual siempre le hemos de dar muchas gracias y loores, y que volvimos otra vez á disminuirnos en el número y copia de los soldados que con él pasamos desde Cuba, y que primero entramos en Méjico cuatrocientos y cincuenta soldados; y que nos rogaba que en Tlascalala no les hiciésemos enojo, ni se les tomase ninguna cosa; y esto dió á entender á los de Narvaez, porque no estaban acostumbrados á ser sujetos á capitanes en las guerras, como nosotros; y mas dijo, que tenia esperanza en Dios que los halláramos buenos y leales; é que si otra cosa fuese, lo que Dios no permiti-

ta, que nos han de tornar á andar los puños con corazones fuertes y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercebidos, y nuestros corredores del campo adelante. Llegamos á una fuente que estaba en una ladera, y allí estaban unas como cercas y reamparamos de tiempos viejos, y dijeron nuestros amigos los tascaltecas que allí partian términos entre los mejicanos y ellos; y de buen reposo nos paramos á lavar, y á comer de la miseria que habíamos habido, y luego comenzamos á marchar, y fuimos á un pueblo de los tascaltecas, que se dice Gualioapar, donde nos recibieron y nos daban de comer; mas no tanto, que si no se lo pagábamos con algunas piecezuelas de oro y chalchihuis que llevábamos algunos de nosotros, no nos lo daban de balde; y allí estuvimos un día reposando, curando nuestras heridas, y ansimismo curamos los caballos. Pues cuando lo supieron en la cabecera de Tlascala, luego vino Masse-Escaci y principales, y todos los mas sus vecinos, y Xicotenga el viejo, y Chichimeclatecle y los de Guaxocingo; y como llegaron á aquel pueblo donde estábamos, fueron á abrazar á Cortés y á todos nuestros capitanes y soldados; y llorando algunos de ellos, especial el Masse-Escaci y Xicotenga, y Chichimeclatecle y Tecapaneca, dijeron á Cortés: «¡Oh Malinche, Malinche, y cómo nos pesa de vuestro mal y de todos vuestros hermanos, y de los muchos de los nuestros que con vosotros han muerto; ya os lo habíamos dicho muchas veces, que no os fiádes de gente mejicana, porque de un día á otro os habían de dar guerra; no me quisistes creer: ya es hecho, al presente no se puede hacer mas de curaros y daros de comer; en vuestras casas estáis, descansad, é irémos luego á nuestro pueblo y os aposentaremos; y no pienses, Malinche, que habeis hecho poco en escapar con las vidas de aquella tan fuerte ciudad y sus puentes; é yo digo que si de antes os teníamos por muy esforzados, ahora os tenemos en mucho mas. Bien sé que lloran muchas mujeres é indios destos nuestros pueblos las muertes de sus hijos y maridos y hermanos y parientes; no te congojes por ello, y mucho debes á tus dioses, que te han aportado aquí, y salido de entre tanta multitud de guerreros que os aguardaban en lo de Obtumba, que cuatro dias habia que lo supe que os esperaban para os matar. Yo queria ir en vuestra busca con treinta mil guerreros de los nuestros, y no pude salir, á causa que no estábamos juntos y los andaba juntando.» Cortés y todos nuestros capitanes y soldados los abrazamos, y les dijimos que se lo teníamos en merced, y Cortés les dió á todos los principales joyas de oro y piedras que todavía se escaparon, cada cual soldado lo que pudo; y ansimesmo dimos algunos de nosotros á nuestros conocidos de lo que teníamos. Pues qué fiesta y alegría mostraron con doña Luisa y con doña Marina cuando las vieron en salvamento, y qué llorar, y qué tristeza tenían por los demás indios que no venian, que se quedaron muertos, en especial el Masse-Escaci por su hija doña Elvira, y lloraba la muerte de Juan Velazquez de Leon, á quien la dió. Y desta manera fuimos á la cabeza de Tlascala con todos los caciques, y á Cortés aposentaron en las casas de Masse-Escaci, y Xicotenga dió sus aposentos á Pedro de Albarado, y allí nos curamos y tornamos á

convalecer, y aun se murieron cuatro soldados de las heridas, y á otros soldados no se les habian sanado. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas pasó.

## CAPITULO CXXIX.

Cómo fuimos á la cabecera y mayor pueblo de Tlascala, y lo que allí pasamos.

Pues como habia un dia que estábamos en el pueblezuelo de Gualioapar, y los caciques de Tlascala por mí nombrados nos hicieron aquellos ofrecimientos, que son dignos de no olvidar y de ser gratificados, y hechos en tal tiempo y coyuntura; después que fuimos á la cabeza y pueblo mayor de Tlascala, nos aposentaron, como dicho tengo, parece ser que Cortés preguntó por el oro que habian traído allí, que eran cuarenta mil pesos; el cual oro fueron las partes de los vecinos que quedaban en la Villa-Rica; y dijo Masse-Escaci y Xicotenga el viejo y un soldado de los nuestros, que se habia allí quedado doliente, que no se halló en lo de Méjico cuando nos desbarataron, que habian venido de la Villa-Rica un Juan de Alcántara y otros dos vecinos, é que lo llevaron todo porque traian cartas de Cortés para que se lo diesen; la cual carta mostró el soldado, que habia dejado en poder del Masse-Escaci cuando le dieron el oro; y preguntando cómo y cuándo y en qué tiempo lo llevó, y sabido que fué, por la cuenta de los dias, cuando nos daban guerra los mejicanos, luego entendimos cómo en el camino habian muerto y tornado el oro, y Cortés hizo sentimiento por ello; y tambien estábamos con pena por no saber de los de la Villa-Rica, no hubiesen corrido algún desman; y luego por la posta escribió con tres tascaltecas, en que les hizo saber los grandes peligros que en Méjico nos habíamos visto, y cómo y de qué manera escapamos con las vidas, y no se les dió relacion de cuántos faltaban de los nuestros; y que mirasen que siempre estuviesen muy alertos y se velasen; y que si hubiese algunos soldados sanos se los enviasen, y que guardasen muy bien al Narvaez y al Salvatierra; y si hubiese pólvora ó ballestas, porque queria tornar á correr los rededores de Méjico; y tambien escribió al capitán que quedó por guarda y capitán de la mar, que se decia Caballero, y que mirase no fuese ningun navío á Cuba ni Narvaez se soltase; y que si viese que dos navíos de los de Narvaez, que quedaban en el puerto, no estaban para navegar, que diese con ellos al través, y le enviase los marineros con todas las armas que tuviesen; y por la posta fueron y volvieron los mensajeros, y trajeron cartas que no habian tenido guerras; que un Juan de Alcántara y los dos vecinos que enviaron por el oro, que los deben de haber muerto en el camino; y que bien supieron la guerra que en Méjico nos dieron, porque el cacique gordo de Cempoal se lo habia dicho; y ansimismo escribió el almirante de la mar, que se decia Pedro Caballero, y dijeron que harian lo que Cortés les mandaba, é enviaria los soldados, é que el un navío estaba bueno, y que al otro daría al través y enviaria la gente, é que habia pocos marineros, porque habian adolescido y se habian muerto, y que agora escribian las respuestas de las cartas; y luego vinieron con el socorro que enviaban de la Villa-Rica, que fueron cuatro hombres con tres de

la mar, que todos fueron siete, y venia por capitán de ellos un soldado que se decia Lencero, cuya fué la venta que agora dicen de Lencero. Y cuando llegaron á Tlascala, como venian dolientes y flacos, muchas veces por nuestro pasatiempo y burlar dellos decíamos: «El socorro del Lencero; que venian siete soldados, y los cinco llenos de bubas y los dos hinchados, con grandes barrigas.» Dejemos burlas, y digamos lo que allí en Tlascala nos aconteció con Xicotenga el mozo, y de su mala voluntad, el cual habia sido capitán de toda Tlascala cuando nos dieron las guerras por mí otras veces dichas en el capítulo que dello habla. Y es el caso que, como se supo en aquella su ciudad que salimos huyendo de Méjico y que nos habian muerto mucha copia de soldados, así de los nuestros como de los indios tascaltecas que habian ido de Tlascala en nuestra compañía, y que veníamos á nos socorrer é amparar en aquella provincia, el Xicotenga el mozo andaba convocando á todos sus parientes y amigos, y á otros que sentia que eran de su parcialidad, y les decia que en una noche, ó de dia, cuando mas aparejado tiempo viesen, que nos matasen, y que haria amistades con el señor de Méjico, que en aquella sazón habian alzado por rey á uno que se decia Coadlauaca; y que demás desto, que en las mantas y ropa que habíamos dejado en Tlascala á guardar y el oro que agora sacábamos de Méjico tendrían qué robar, y quedarían todos ricos con ello; lo cual alcanzó á saber el viejo Xicotenga, su padre, y se lo riñó, y le dijo que no le pasase tal por el pensamiento, que era mal hecho; y que si lo alcanzase á saber Masse-Escaci y Chichimeclatecle, que por ventura le matarian, y al que en tal concierto fuese; y por mas que el padre se lo riñó, no curaba de lo que le decia, y todavía entendia en su mal propósito; y vino á oídos de Chichimeclatecle, que era su enemigo mortal del mozo Xicotenga, y lo dijo á Masse-Escaci, y acordaron entrar en acuerdo y como cabildo; y sobre ello llamaron al Xicotenga el viejo y los caciques de Guaxocingo, y mandaron traer preso ante sí á Xicotenga el mozo, y Masse-Escaci propuso un razonamiento delante de todos, y dijo que si se les acordaba ó habian oido decir de mas de cien años hasta entonces que en toda Tlascala habian estado tan prósperos y ricos como después que los teules vinieron á sus tierras, ni en todas sus provincias habian sido en tanto temidos, y que tenian mucha ropa de algodón y oro, y comían sal, la que hasta allí no solian comer; y por do quiera que iban de sus tascaltecas con los teules les hacian honra por su respeto, puesto que ahora les habian muerto en Méjico muchos dellos; y que tengan en la memoria lo que sus antepasados les habian dicho muchos años atrás, que de adonde sale el sol habian de venir hombres que les habian de señorear; é que já qué causa agora andaba Xicotenga en aquellas traiciones y maldades, concertando de nos dar guerra y matarnos? Que era mal hecho, é que no podia dar ninguna disculpa de sus bellaquerías y maldades, que siempre tenia encerradas en su pecho; y agora que los veía venir de aquella manera desbaratados, que nos habia de ayudar para en estando sanos volver sobre los pueblos de Méjico, sus enemigos, queria hacer aquella traición. Y á estas palabras que el Masse-Escaci y su padre Xi-

cotenga el ciego le dijeron, el Xicotenga el mozo respondió que era muy bien acordado lo que decia por tener paces con mejicanos, y dijo otras cosas que no pudieron sufrir; y luego se levantó el Masse-Escaci y el Chichimeclatecle y el viejo de su padre, ciego como estaba, y tomaron al Xicotenga el mozo por los cabezones y de las mantas, y se las rompieron, y á empujones y con palabras injuriosas que le dijeron, le echaron de las gradas abajo donde estaba, y las mantas todas rompidas; y aun si por el padre no fuera, le querian matar, y á los demás que habian sido en su consejo echaron presos; y como estábamos allí retraídos, y no era tiempo de le castigar, no osó Cortés hablar mas en ello. He traído esto aquí á la memoria para que vean de cuánta lealtad y buenos fueron los de Tlascala, y cuánto les debemos, y aun al buen viejo Xicotenga, que á su hijo dicen que le habia mandado matar luego que supo sus tramas y traición. Dejemos esto, y digamos cómo habia veinte y dos dias que estábamos en aquel pueblo curándonos nuestras heridas y convaleciendo, y acordó Cortés que fuésemos á la provincia de Tepeaca, que estaba cerca, porque allí habian muerto muchos de nuestros soldados y de los de Narvaez, que se venian á Méjico, y en otros pueblos que están junto de Tepeaca, que se dice Cachula; y como Cortés lo dijo á nuestros capitanes, y apercebían á los soldados de Narvaez para ir á la guerra, y como no eran tan acostumbrados á guerras y habian escapado de la rota de Méjico y puentes de lo de Obtumba, y no vian la hora de se volver á la isla de Cuba á sus indios é minas de oro, renegaban de Cortés y de sus conquistas, especial el Andrés de Duero, compañero de nuestro Cortés; porque ya lo habrán entendido los curiosos lectores en dos veces que lo he declarado en los capítulos pasados, cómo y de qué manera fué la compañía; maldecian el oro que le habia dado á él y á los demás capitanes, que todo se habia perdido en las puentes, como habian visto las grandes guerras que nos daban, y con haber escapado con las vidas estaban muy contentos; y acordaron de decir á Cortés que no querian ir á Tepeaca ni á guerra ninguna, sino que se querian volver á sus casas; que bastaba lo que habian perdido en haber venido de Cuba; y Cortés les habló muy mansa y amorosamente, creyendo de los atraer para que fuesen con nosotros á lo de Tepeaca; y por mas pláticas y reprensiones que les dió, no querian; y como vieron los de Narvaez que con Cortés no aprovechaban sus palabras, le hicieron requerimiento en forma delante de un escribano del Rey para que luego se fuese á la Villa-Rica, poniéndole por delante que no teníamos caballos ni escopetas ni ballestas ni pólvora, ni hilo para hacer cuerdas, ni almacén; que estábamos heridos, y que no habian quedado por todos nuestros soldados y los de Narvaez sino cuatrocientos y cuarenta soldados; que los mejicanos nos tomarian todos los puertos y sierras y pasos, é que los navíos, si mas aguardaban, se comerian de broma; y dijeron en el requerimiento otras muchas cosas. Y cuando se le hubieron dado y leído el requerimiento á Cortés, si muchas palabras decian en él, muy muchas mas contrariedades respondió; y demás desto, todos los mas de nosotros de los que habíamos pasado con Cortés le dijo-